



Dn. Juan Murillo Miro

Y LA

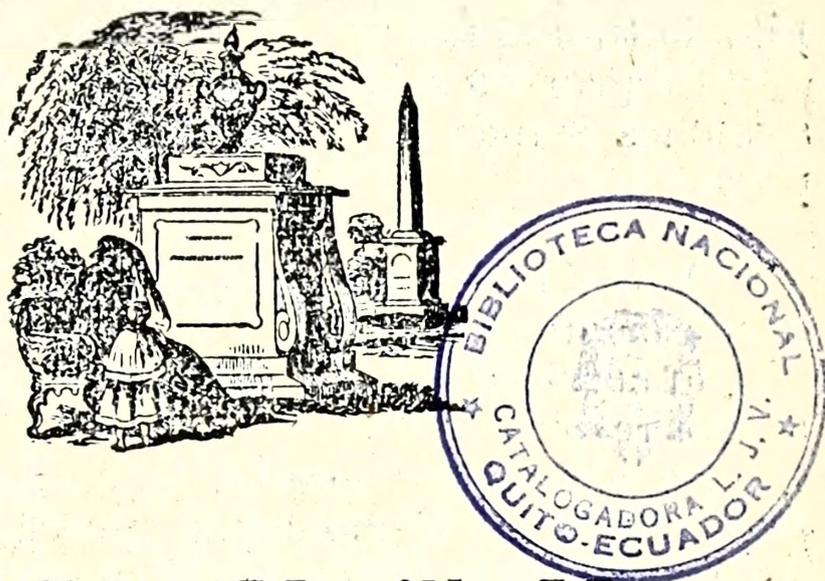
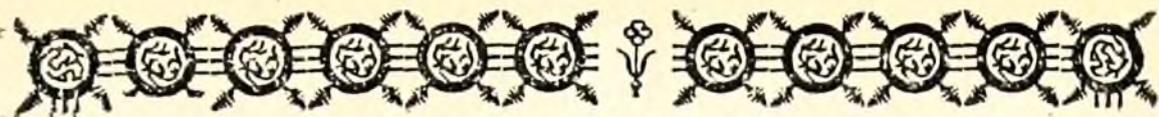
*“Escuela de Artes y Oficios”*



QUITO-ECUADOR

—  
Imp. “LA NOVEDAD”  
—

1901



**Dn. Juan Murillo M.**

Y LA

**Escuela de Artes y Oficios**

---

Sentado en una de las graníticas rocas de aquellas que forman el grandioso pedestal sobre el cual se levanta el Pichincha como el fantasma aterrador de los tiempos y las edades, ese Pichincha que ha conmovido á las generaciones que han pasado, veía á un hombre que apenas contaba media centuria recorriendo la "Escuela de Artes y Oficios" de esta Capital; sereno como un cielo sin nubes, magestuoso como el gallardo cedro de nuestras montañas, rodeado de un no escaso número de niños que afanosos habían acudido á prodigarle tiernas caricias.

Y por qué no? Por ventura no cantan y aman también los pajarillos

Quién es aquel personaje que se ha revestido de atractivos tan bellos.....?

Ah! Es el Director de la casa en donde se educan los obreros del porvenir es *Dn Juan Murillo Miro*.

Su voz, cuando reprende, es terrible como el mugido del fiero vendabal; cuando los consejos brotan de sus labios, suave y dulce como el melancólico quejido de tímida torcaz.

La primera sólo se deja escuchar en momentos solemnes cuando se ven alterados el orden y la disciplina.

La segunda siempre y por siempre.

Ama á los niños como el poeta las notas candenciosas de su lira.

Su corazón, su corazón es todo bondad, por dondequiera respira amor.

Su corazón nos enseña á amar á la niñez menesterosa de aquel mismo modo con que aman los ruiseñores en la enramada, las alondras en el espacio.

Suena el timbre de la portería, ábrense las puertas: un niño cubierto de andrajos busca al protector del huérfano; Preséntase Dn. Juan, le extiende sus brazos al desgraciado y le repite, conmovido, aquellas mismas palabras que en el siglo pasado se escaparon de los labios del Apóstol de la niñez Dn. Juan Bosco: "Entra, hijo mío; yo te daré pan, trabajo y paraíso" y desde entonces se constituye en padre del que no ha mucho tiempo fué mendigo, y acaso el escándalo de la sociedad.

La "Escuela de Artes y Oficios" de esta Capital salió como Lázaro del sepulcro á la sola presencia de Dn. Juan.

Era un cadáver en descomposición en el que medraban afanosas, en demasía, las abominaciones á cuyo incentivo habían sentado sus reales el cinismo y la audacia más increíbles, á la manera que los cuervos cuando revolotean sobre la pesada atmósfera de los muladares.

Era necesaria una voz, y esa voz no se hizo esperar; fué la de Dn. Juan: *Lazare, veni foras*; y la "Escuela de Artes y Oficios" surgió como por encanto llena de animación de calor y de movimiento; vencedora y ataviada de ricas joyas como una virgen en el día de sus desposorios.

La misión de Dn. Juan está terminada aquí? No. Las agitaciones principian.

Saboreado ha por breves instantes las dulzuras del verdadero patriotismo en medio de los deslumbrantes esplendores del Tabor de su gloria, comienza la senda cubierta de zarzales y espinas; zarzales y espinas que harán brotar sangre no sólo de sus plantas sino, lo que es más aun, de su corazón hasta terminar la existencia sobre el Gólgota del infortunio.

El ángel del consuelo se ha presentado á este váron fuerte llevando dos coronas: la una de espinas, de rosas la otra.

Comprende Dn. Juan lo que quiere significarle el mensajero del cielo: toma aliento y emprende la marcha como el soñador adolescente atenta la mirada en sus nobles ilusiones.

Necesita de operarios que le ayuden á cultivar el hermoso prado lleno de flores preciosas: los busca con afán, y cree encontrarlos. Vana ilusión.....

Ha encontrado, es cierto, pero no corresponden á sus afanes y muy por el contrario lejos de arrancar la zizaña que mata las flores aun antes de que rompan sus pétalos, la cultivan para luego herirle con el vil puñal de la perfidia, que grita á todos: mato á traición.

Su espíritu se conturva, su espíritu languidece, lanza un profundo suspiro y admira la ingratitud de los hombres; pero el ángel del consuelo le muestra por segunda vez las coronas que tiene en sus manos y le dice: la una después de la otra.

Alentado ya, su espíritu emprendedor comprende que para llevar á término feliz la ardua empresa tomada á su cargo es necesario remover todo obstáculo que pudiera impedirle conseguir la meta de sus

aspiraciones; y así lo hace, con una actividad verdaderamente admirable.

Solo y abrumado de dolor tiende por doquiera su mirada en busca de un hombre que le ayude á sobrellevar la pesada carga que se le ha encomendado; ese hombre se halla en la hermosa perla del Pacífico, en Guayaquil: vá á allá y busca á un su caro amigo, y le insta que acepte la Subdirección de la "Escuela de Artes y Oficios".

Quién es ese amigo de Dn. Juan? es, Dn. José Cervantes F.

Este comprende lo sublime y lo terrible de la misión: se niega por de pronto, pero más tarde, unos meses después acepta la propuesta no porque ella reporte utilidad ninguna sino por acompañar al viejo luchador por las verdaderas libertades públicas; al Jefe del periódico en que juntos convatieran por esas libertades emanadas de la democracia.

Frente ya á los destinos del Establecimiento luchar y vencer es la única divisa que anima á los dos hombres.

No todos los empleados corresponden á la confianza en ellos depositada.

Abusan y no coadyuvan consecuentes á los nobles propósitos del Director y Subdirector. La intriga y la infamia he allí la norma de conducta de muchos de ellos.

Dn. Juan con ánimo esforzado trata de arreglarlo todo con la prudencia, pero la prudencia de nada sirve; creen que lejos de ser una medida adoptada para la corrección no es sino un efecto de debilidad en él.

Cansado ya de tanto esperar y comprendiendo una vez más que alguna gente... *nunca hiere de frente sino á traición*, firme, decidido, emprende en nuevos arreglos y como consecuencia renueva casi en su totalidad el cuerpo de empleados, dicta un reglamento y todo queda arreglado como por encanto y conforme á sus deseos.

En los salones de estudio los alumnos de buen ó mal grado cumplen con su deber, y los que no quieren

sujetarse al nuevo régimen del Establecimiento por no encontrar quienes alaben sus faltas se ven obligados á abandonar la Casa so pretexto de haber despotismo, y buscan á los ex-empleados para que abogando en su favor y en contra del nuevo personal administrativo ante el Supremo Gobierno se los destituya, pero el Gobierno no dá oídos y deja que Dn. Juan haga lo que mejor le convenga.

Cuando el Sr. Murillo se hizo cargo de la "Escuela de Artes y Oficios" los talleres no eran otra cosa que un hacinamiento de ruinas; las maquinarias todas completamente inutilizadas: nada de herramientas todo, todo manifiesta que en el antes floreciente Establecimiento las abominaciones en toda plenitud habían sentado sus reales.

Qué hacer ante semejante espectáculo? ponerse manos á la obra y seguir adelante.

Los Maestros de talleres comienzan con entusiasmo el trabajo; y si lo interrumpen no es por otro motivo que, por ver cómo combinar el arreglo de las máquinas despedazadas: Dn. Juan acude también, y allí se trabaja con entusiasmo y constancia hasta que al fin, con remiendos y á pedazos, se hace funcionar objetos que en otras manos habían sido arrojados á los depósitos de cosas inútiles.

Todo es vida, agitación y movimiento. El había repetido las mismas palabras del apóstol del siglo XIX al recibir á un niño en la "Escuela de Artes y Oficios": "Entra, lijo mío; yo te daré pan, trabajo y paraiso"; y pan daba á los niños en abundancia, y trabajo les daba tambie; pero no sólo aquel trabajo mecánico que robustece las fuerzas y los miembros, sino aquel otro trabajo que, al mismo tiempo que sirve de pan, nutriendo la inteligencia y el corazón de los artesanos en embrión, hace en él más tarde con segunda hombres útiles á la sociedad, á esa misma sociedad corrompida, mezquina y egoista que cierra las puertas de sus salones á los artesanos no por otro crimen que el de ser artesanos, es decir, el de ser hombres honrados acostumbrados á comer el mendrugo del mísero pan amasado con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos.

Qué no hizo el viejo luchador en pró de la niñez desvalida? Ah! sólo los que le vimos trabajar y trabajar contra todo viento y marea de contradicción, sólo nosotros podemos decir y pregonar por doquiera los méritos y las virtudes de ese hombre que en verdad ha hecho honor al hombre; y al expresarme así, que no se crea que lo hago talvez por servilismo, no. Dn. Juan no existe: pertenece ya al mundo de la inmortalidad: sus obras pregonan más que mis palabras que él, solamente él, fué el hombre de la situación en el Establecimiento "Escuela de Artes y Oficios", santuario bendito del trabajo.

Dn. Juan no fué de aquellos seres mesquinos y vulgares que toman Establecimientos á su cargo para hacer la ruina no sólo de él sino también de todos aquellos que lo habitan; Dn. Juan prefería una y mil veces sacrificar sus intereses antes que explotar á la Nación con perjuicio de la niñez: Dn. Juan más bien habría dejado de llevar el bocado de pan á sus labios antes que perjudicar á sus empleados en un solo centavo de sus haberes.

Niños del Establecimiento que se llama "Escuela de Artes y Oficios" decid: no es cierto lo que yo digo en honor del que fué nuestro Director?

Artesanos honrados, Maestros de los diversos talleres de la misma Casa que de consuno trabajásteis por corresponder á la confianza depositada por el protector de los obreros, no es cierto lo que yo dejo sentado en estas mal trazadas líneas? . . . . . Cierto y muy cierto.

En estos solemnes instantes en que hago manifestación pública de mi gratitud hacia el que fué mi Director y más que Director mi caro amigo, quisiera que un ángel purificara mis labios para hablar dignamente de Dn. Juan Murillo: pero si esto no me es concedido, hable mi corazón y expresen mis ayes y gemidos lo mucho que le amé, repita mi voz aquellas mismas expresiones que las puse de manifiesto en el día de la inhumación del cadáver; pero antes repetiré con uno de los periódicos de la localidad cuando se ocupaban del extinto. [\*] *¿Qué será de la Escuela de Artes y Oficios?* Pregunta es esta, ó mejor dicho:

---

[\*] El Sr. Dn. Juan Murillo Miro, falleció el quince de Diciembre de 1900.

incógnita, que la descifrarà el tiempo. Hasta tanto reproduciré mi discurso pronunciado en el momento del sepelio, no por vana presunción, sino porque allí encuentro la manifestación pura y sincera hacia aquel que supo reconocer méritos, dar à cada cual la estimación ó desprecio a que se hacía merecedor; à ese hombre que siempre tenía en sus labios aquellas conocidas palabras: *para la virtud un premio para el crimen un castigo*. Y castigó, efectivamente à ciertos que tratan hoy de amenguar mi dignidad y mi honor.

He aquí el discurso:

Señor Presidente de la República, señores Ministros de Estado, señores.

“No estrañéis, señores, que tome la palabra en estos solemnes instantes: vengo à cumplir con un deber sagrado en nombre del señor Subdirector, del Cuerpo Administrativo, y más empleados y alumnos de la “Escuela de Artes y Oficios” de esta Capital y en el mío propio.

Habéis notado acaso y no sin grande estrañeza la ausencia del señor Subdirector Dn. José Cervantes F. en el cortejo fúnebre. Ya preveía esta estrañeza, por lo cual haré presente que circunstancias independientes de su modo de ser le han obligado à abstenerse de tomar parte en esta ceremonia dolorosa.

El que ayer fué Sr. Dn. Juan Murillo y el Sr. José Cervantes formaban como un solo corazón: parecía que el uno había nacido para el otro: formaban los dos un algo parecido à aquella amistad trabada entre David y Jonatás.

El Sr. Subdirector de la “Escuela de Artes y Oficios” se halla hoy gravemente enfermo y no sin razón, pues se amaban los dos; las únicas palabras que se escapan de sus labios son aquellas mismas que el Profeta rey exclamaba cuando la muerte de su amigo predilecto “¡Oh hermano mío Jonatás! gallardo sobre manera, digno de ser amado más que la más amable doncella, yo lloro por ti. Del modo que una madre ama à un hijo único que tiene, así te amaba yo” . . . . .

El cuadro que hoy se presenta á mi vista, es desgarrador, me recuerda aquel pasaje sublime que se lee en los libros sagrados; Dorcas por otro nombre Tabita, había fallecido en Joppe, enriquecida de buenas obras y de las limosnas que hacía: á su muerte su cuerpo se hallò rodeado de las viudas y los huèrfanos que llorando mostraban á Pedro las túnica y los vestidos que les había hecho para cubrir su desnudez.

Ha terminado ya la jornada de la vida el Sr. Juan Murillo, nuevo Dorcas, encanto del hogar y gozo verdadero de este bello grupo, desheredado de la fortuna veleidosa, los obreros del porvenir, que con el corazón destrozado por el más cruel de los dolores, la horfandad, y con los ojos henchidos de lágrimas se hallan hoy congregados en torno del féretro buscando ansiosos un nuevo Pedro que devuelva la vida á su padre, á su bienhechor.

Vano empeño! Niños! Pedro, no volverá.....

En la sombría noche del infortunio el Sr. Dn. Juan Murillo se había trasladado desde las riberas del hermoso Guayas á fijar su asiento, como el cisne peregrino, en la bella Quito que se halla recostada entre las quiebras del temible Pichincha.

En esta ciudad sus hijos y los alumnos de la "Escuela de Artes y Oficios" eran su único ideal; ellos conmovían las delicadas fibras de su corazón al canto armonioso, al suave arrullo del amor, de ese amor fecundo en vellezas, pròdigo en tesoros, hermoso como la nacarada luz de la mañana, de ese amor que lo experimentan tan sòlo los que comprenden la sonrisa de los ángeles.

Cuando á consecuencia de las arduas faenas de la vida encontraba fatigada su mente, desfallecido el espíritu, su mayor contento lo tenía cifrado en medio de estos pequeños con quienes departía en íntimas confidencias los momentos de descanso, como de un igual à otro igual, volviendo á su antigua calma y tranquilidad embriagado con el seductor ambiente que despide siempre de sí la inocencia y el candor.

Quién no admiró en el extinto esa virtud predilecta que hace amable los hombres, la bondad? Ah! él fué bondadoso para con todos, pero de una manera especial

para con los pequeñuelos, de quienes dijo el Divino Salvador: *Dejad á los niños se acerquen á mí porque de ellos es el reino de los cielos.*

Ah! señor Director, caro amigo, en tí se hallaban reunidas, como en nido de amor, gran caudal de méritos y virtudes, en vista de los cuales la muerte, con su fiera parca, envidiosa acaso de hallarlas reunidas en tí, resolvió cortar el hilo de tu preciosa existencia y la cortò.....

Señor Director de la "Escuela de Artes y Oficios" ¿en dónde te encuentras?....Te busco! y de tí no hallo sino yertos despojos....Te llamo! y no me respondes, En dónde te encuentras señor? Vuelas acaso como la fugaz golondrina del invierno de la vida! Ave de paso detén tu vuelo y escucha siquiera por vez postrera nuestros ayes y gemidos entremezclados con lágrimas, pero lágrimas de gratitud!

Ah! señores, el corazón se me despedaza de dolor al sólo el pensar que llega el momento de dar, á mi noble amigo el último adios.

Ayer no más, con motivo de ser aniversario de su natalicio, celebrábamos llenos de entusiasmo, en la "Escuela de Artes y Oficios", la hermosa fiesta del hogar, la de su cumpleaños, y él en medio del rejocijo general, escuchando los sentimentales discursos de varios de sus alumnos, no pudo contenerse ante las emociones que experimentaba y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Quién hubiera creído que esas lágrimas habían de ser las de la postrer despedida para emprender el viaje á las incógnitas regiones de la eternidad.....?

Ha muerto el Sr. Dn. Juan Murillo! Paz en su tumba!

Niños infortunados, vosotros, los alumnos de la "Escuela de Artes y Oficios", acabais de perder á vuestro padre, llorad, justo es vuestro dolor.

Terminò para vosotros toda esperanza de regeneración, de esa regeneración que trataba de implantar en el suelo ecuatoriano en favor de la clase obrera.

Mudos y cerrados se hallan ya esos labios que os inculcaban diariamente á ser hombres de trabajo y estudio.

Yertas están esas manos que os daban el pan para

saciar vuestra hambre y el vestido para cubrir vuestra desnudez: Llorad, queridos niños, justo es vuestro dolor.

Y tú, caro amigo, aquí tienes la porción bendita de la patria que me confiaste. *Con tu muerte mi compromiso y el de mis colegas ha terminado. Adios Sr. Director! caro amigo, adios!*"

Miguel A. Prado Orrego.